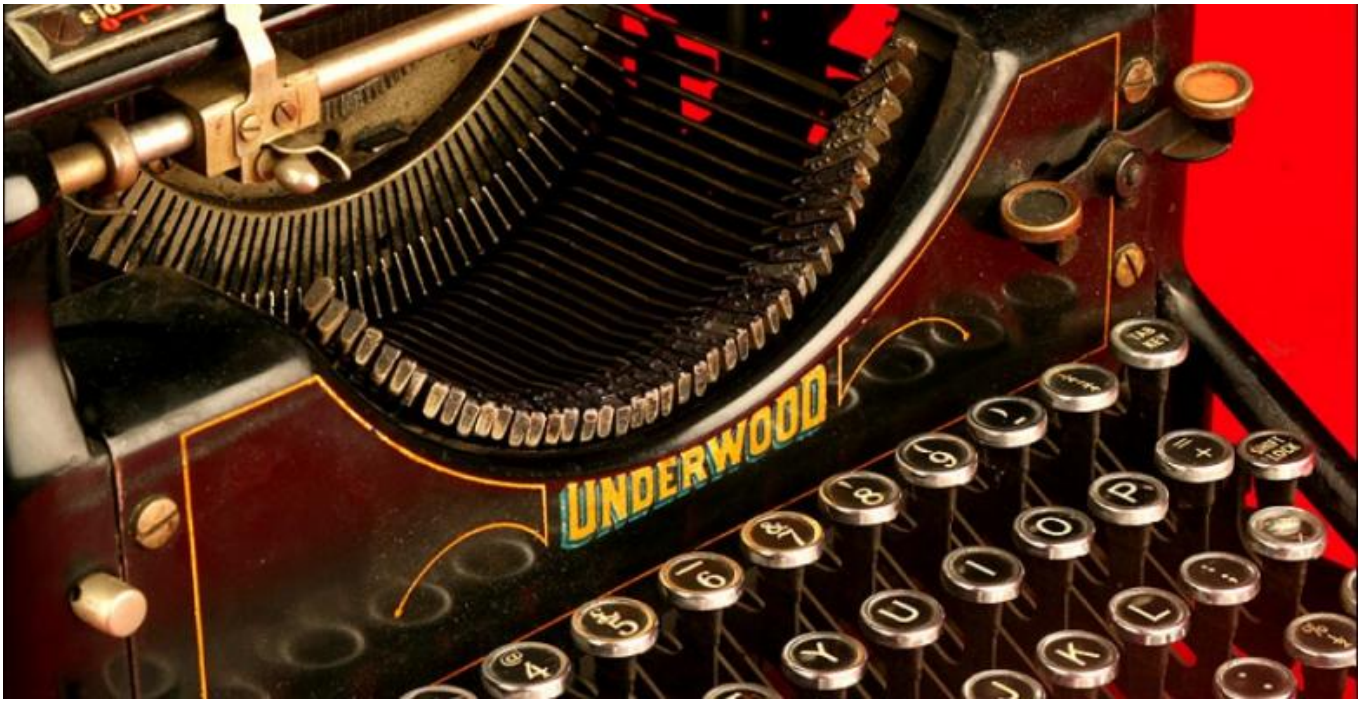
Desmemorias: De la Underwood al tablet

24/10/2018



«¿Abuelo, qué es eso?» —le pregunta curioso.

El hombre, que tantas horas de su vida invirtió ante su vieja máquina de escribir Underwood, sonríe despacio. Mientras acaricia la cabeza del nieto, recuerda cuántos reportajes nacieron de esas teclas ya inertes, cuántas entrevistas disfrutó redactar mientras las teclas repiqueteaban contra el papel en el rodillo como melodía triunfante.

Porque para él era realmente un triunfo ver cómo iban incrustándose las palabras atravesando la cinta entintada, un triunfo contra la desmemoria.

El niño extiende temeroso la mano, como si fuera a mancharse o a sentir algún dolor, y muy despacito presiona una tecla, que, también despacio y temerosa, se levanta desprendiéndose del coro de otras letras metálicas para quedar suspendida. Queda como un brazo en alto y solitario pidiendo auxilio.

Se queda mirando el abuelo. Evoca las letras subiendo y bajando sin descanso, como un baile en que él era coreógrafo y primera figura. En aquella misma máquina tecleó para el amor de su vida, su esposa, el primer poema.

Luego, escribiría allí también cuentos, más poemas, y también pedidos de inscripción de nacimiento de sus hijos, biografías y currículos de todos, actas, trabajos académicos, más artículos, entrevistas... y su solicitud de jubilación.

Ahora, el nieto no sabía qué era aquello; el nieto que le había enseñado a manejarse con el tablet y se burlaba dulcemente cuando el teléfono móvil sonaba y él se ponía nervioso olvidando cómo colgar.

0000000

El niño permanecerá absorto ante la máquina. Es un rectángulo plástico, demasiado pesado, impersonal, sordo a cualquier voz.

«¿Abuelo, qué es eso?» —preguntará curioso.

Y el hombre, que tantas horas de su vida invirtió ante su viejo tablet, sonreirá despacio, recordando aquella remotísima tarde cuando preguntaba por una Underwood a su abuelo, aquel luchador contra la desmemoria.